



Dossier en homenaje a Rubén Vasconi

Semblanza

CLAUDIA N. GONZÁLEZ¹

Caminar a su lado era andar sin prisa al compás de una conversación amena, siempre lúcida, finamente irónica y fundada en observaciones agudas y reflexiones inteligentes. Poco importaba si se trataba de filosofía o de los quioscos de revistas, su modo de ver el mundo era perspicaz y no exento de un cierto sarcasmo.

Así conversamos con Vasconi más de una vez en el trayecto que va de Humanidades a Derecho. Porque para mí, él era Vasconi y yo, para él, primero fui González y más tarde, Claudia. Nunca abandonamos el trato de 'usted' con que se había iniciado la relación entre el profesor y la alumna. Jamás se me ocurrió que pudiera llegar a tutearme, tampoco me animé a decirle 'Rubén'. Nunca pude sortear esa distancia –valiosa – que se sigue del reconocimiento de una diferencia significativa que nos mueve a un respeto afectuoso.

En esas y otras charlas, muchas y variadas a lo largo de tantos años, en la facultad recorriendo pasillos, frente a bedelía o en algún salón, al cabo de una tarde de exámenes, la voz de Vasconi era un regalo que se disfrutaba y se agradecía. Cálida, suavemente sonora, amable. No todas las voces suaves y cálidas son necesariamente amables. Esta cualidad se vincula más a una íntima condición del propio ser que a una disposición orgánica; nace de una actitud frente a los otros que, sostenida en el tiempo, deviene virtud y se traduce en gesto. Así encarnada y unida a la palabra, encuentra en la voz un vehículo inmejorable.

Sobrio, discreto, impecable en su atavío, Vasconi era todo un caballero 'de los de antes'. Era uno de esos señores que ceden el paso a los mayores y a las mujeres, que abren la puerta del auto y corren la silla o ayudan con el abrigo. En la austeridad de su escritorio, en su casa, la plática iba acompañada del rico café y las masitas dulces que nos ofrecía su esposa. "Yo los dejo trabajar" nos decía Nilda mientras disponía sobre la mesa, primorosamente, una bandejita. Y de este modo, rodeados de una generosa biblioteca cuyos libros prolijamente dispuestos aguardaban ser solicitados, Vasconi señalaba algún punto de la materia que le preocupaba

especialmente, me comentaba qué cuestiones le interesaba trabajar en el próximo curso, me preguntaba a cuál de ellas quería yo dedicarme. Entonces, distribuidos los temas y asignadas las tareas, cuando me disponía a disparar hacia otros menesteres, me decía: “No corra, Claudia, vaya con cuidado”.

Los textos de Vasconi ponen en evidencia, más que al profesor, al Maestro. Su modo de decir está en las antípodas de esos discursos pretenciosos y grandilocuentes que aturden y ciegan con términos y giros abstrusos, en la mal disimulada esperanza de resultar ‘interesantes’ a fuerza de inentendibles. En cambio, Vasconi exponía a Heidegger, a Platón o a Merleau Ponty de una manera clara, sencilla y rigurosamente fundamentada. Y daba en el ‘tono’ de cada autor o, mejor dicho, en el temple de ánimo en el que se dispone ese pensamiento y que hace posible que éste se muestre con mayor propiedad. Y eso era así, según he dado en creer, porque ya fuera en la proximidad de Hegel o de Marco Aurelio, ya en la de Descartes o de Gabriel Marcel, demorándose en humilde silencio junto a la voz de uno y de otro, Vasconi se dejaba decir lo que ellos tienen para decir, les prestaba oído y, en su compañía, iba tomando nota. Ya vendrían unas tras otras, las reiteradas y renovadas lecturas que vertebrarían el análisis exhaustivo, la impecable síntesis junto a la elaboración personal y sus conclusiones.

Ahora está en el aula, de pie junto al escritorio. Erguido y casi sin moverse desarrolla con soltura esta o aquella cuestión, atiende a las consultas de los estudiantes, despeja alguna duda, desliza una ironía. Los dejo con Vasconi dando clase. Se extrañan.